



pero generalmente estaban cubiertos de una larga túnica, siendo objeto de devoción así entre los griegos como entre los latinos, y no ejercicios de arte. Con frecuencia se encuentran en los monumentos los querubines con cuatro alas ó solamente sus cabezas, de las cuales salen cuatro manos. Alguna vez llevan los ángeles un baston, como mensajeros de Dios, pero esto se ve con más frecuencia entre los griegos que entre nosotros.

Lo mismo decimos de las efigies de los apóstoles. Suelen figurarse descalzos ó con ligeras sandalias. También los griegos dieron á San Pedro las llaves, aunque algunos lo niegan; pero es posterior la costumbre de representar á San Pablo con la espada. Este está colocado generalmente á la derecha del otro, hasta en los sellos de las bulas papales, lo cual

no indica preeminencia, sino que no se hacia ninguna distincion del lugar á derecha ó izquierda. En breve fueron simbolizados los evangelistas en los cuatro animales sosteniendo un libro.

La aureola que ponemos al rededor de las cabezas de los santos, proviene de un marco que solia ponerse detras de las personas insignes áun vivas.

Cuando la Iglesia se vió triunfante, no tuvo ya que temer lo que podia parecerle peligroso al principio; y en vez de repudiar las artes, se las apropió, purificándolas como todo lo demas, comprendiendo que tienen tambien sus efectos morales é intelectuales cuando sienten su propia elevacion, y convirtiéndolas en firmes y elocuentes auxiliares para la propagacion de la fe (π).

CAPÍTULO XIV

Resúmen general de lo expuesto.

El elemento aristocrático é inmóvil del Oriente cesó de luchar con el elemento popular y progresivo del Occidente, y se mezclaron ambos en la unidad monárquica, no para reanimarse sucesivamente, sino por el contrario para decaer juntos bajo el maligno influjo de la fuerza. El respeto que antiguamente se tenia al Estado, le dirigió Roma al emperador; las leyes de lesa majestad protegían al monarca divinizado, como antiguamente custodiaban á los magistrados populares, y por la legalidad lógica, se sustituyó al ciego amor de la patria la ciega obediencia á su déspota. La ley julia declaraba traidor al que fundiese las estatuas de los emperadores ó *hiciera algo parecido* (1); tanto campo se dió á las acusaciones más terribles! Fueron menester un senado-consulta para declarar que no ofendía á la ma-

(1) Aliudve quid simite admiserint. Dig. I, VI, ad leg. jul. maj.

jestad el que destruyese simulacros de emperadores reprobados, y rescriptos de Severo y Antonino para absolver á quien vendiese los no consagrados, ó por casualidad les tirase una piedra (1). El jurisconsulto Paulino acusa como reo de Estado á un juez que habia pronunciado una sentencia en sentido contrario á las órdenes imperiales; y habiendo jurado Faustiano por la vida del príncipe no perdonar nunca á su esclavo, se creyó obligado á perpetuar su cólera para no incurrir en el crimen de lesa majestad (2).

Los príncipes buenos moderaban este rigor atroz; los malos se servían de él como de un instrumento de venganzas, de crueldad y de rapiña; y con la infame turba de los espías (3)

(1) Ib. I, IV, 1, V, 2.

(2) Pero Alejandro respondió: *Demasiado mal me conoces*. Cód. Theod., I, 2, ad leg. jul. maj.

(3) Faut-il des espions dans la monarchie? Ce n'est



esparcian entre el pueblo la peor de las corrupciones, la que nos hace sospechar del afecto del hermano que come en nuestro mismo plato.

Un emperador sostenido de tal manera, puede cuanto quiere, y si la casualidad del nacimiento, ó el capricho del ejército, ó la venalidad de una asamblea sientan á un monstruo en el trono del mundo, extenderá su corrupcion tanto más, cuanto más elevado se halla. Pero si la pequeña parte de los buenos, y la union de la secta estóica, deseosa de arrancar el imperio á los artificios de la fuerza, elevan á la suprema magistratura del Estado á príncipes de envidiables virtudes, dejarán éstos una memoria digna de eterno elogio; disminuirán los males de los que estén más inmediatos á ellos; si bien se verán obligados á secundar las innobles inclinaciones de una sociedad material, en la cual ya no encuentra lugar el espíritu; en que la costumbre de un poder desenfrenado se connaturaliza de tal manera, que no deja discernir la justicia; en que enmudece la voz de la humanidad, y en que todas las clases desunidas y desalentadas, se empujan sucesivamente á un abismo inevitable. El piadoso Trajano confia al arbitrio de un próconsul el atormentar y el matar ó perdonar á una infinidad de personas á quienes tiene por inocentes; y en tiempo del filósofo Marco Aurelio se presenta en el circo un leon enseñado á comer hombres con tal gracia, que el pueblo pide á gritos que el emperador le conceda la libertad (1).

Las frecuentes conspiraciones en la córte y en el ejército demuestran los defectos de aquella constitucion, en que un príncipe proclama-

pas la pratique ordinaire des bons princes. Quand un homme est fidèle aux lois, il a satisfait à ce qu'il doit au prince. Il faut au moins qu'il ait sa maison pour asyle, et le reste de sa conduite en sureté. L'espionnage serait peut-être-tolérable s'il pouvait être exercé par d'honnêtes gens; mais l'infamie nécessaire de la personne peut faire juger de l'infamie de la chose. Un prince doit agir avec ses sujets, avec candeur, avec franchise, avec confiance. Celui qui a tant d'inquiétudes, de soupçons et de craintes, est un acteur qui est embarrassé à jouer son rôle. Montesquieu, Esprit, XII, 25.

(1) Dion.

do superior á la ley, es alzado y derribado como un juguete de niños. No son aquellas revoluciones, en las cuales progresa la sociedad entre la sangre; son facciones de pocos, inútiles á la multitud, y que no producen ni franquicias ni experiencia, matando al tirano, y consolidando la tiranía.

Desde que la vida pública se redujo al gabinete del emperador, no quedaba ya que cultivar más que el derecho civil, y ejercer la elocuencia y la legalidad en los pequeños intereses privados. La nobleza antigua habia perecido en las proscripciones dictatoriales, en las guerras civiles y en los suplicios imperiales: la nueva, que no tenia tradiciones que custodiar, ni privilegios que conservar, se agrupaba al rededor del príncipe para ejercer una parte de su tiranía, y gozar con ansia de una presa que en breve no tendria ya delante. Extinguido todo amor hácia una patria que ya no producía ni grandeza ni dignidad, cada uno se encerraba en sí mismo, y con especulaciones privadas de una avidez mercenaria, pensaba en aprovecharse de las desgracias públicas para obtener grados, placeres, poder, y como instrumento de todas estas cosas, la riqueza.

La ambicion y la avaricia gobiernan, pues, al mundo en esta época, y un egoismo avaro hace inhumanos y feroces á los hombres. El que conserva el sentimiento de lo noble y de lo justo, gime por tantos males, y viendo que son irreparables, abandona la sociedad á los malvados y á los ambiciosos, y se arma de desprecio ó se rodea de austeras virtudes, en las cuales nada hay de caritativo, ó se aturde entre los placeres, que entónces traspasaron todos los límites, ó interroga con supersticion un destino que teme y no puede evitar.

Ignorante el pueblo y oprimido, se regocija, no de su libertad, sino de la destruccion de sus antiguos tiranos; temeroso de perder lo que no posee, ávido de un porvenir que no conoce ni espera, goza cuando puede aumentar las miserias, y pedir que sean entregados los cristianos á los leones, ó que sean arrojados al Tíber los tiranos que el dia anterior adoraba.

Así, pues, no se encuentran ni compasion para los débiles, ni sumision á los poderosos,



ni amor al orden social, ni dignidad de carácter, ni veneracion hácia la divinidad, sino una corrupcion docta, una filosofía sarcástica, una literatura de imaginacion estéril y pobre de razon, que no sabe más que comentar las cosas antiguas y reproducir disputas inveteradas, semejante á los viejos que repiten lo pasado cuando ya no tienen el sentimiento de lo presente. El Oriente mezclaba entre los elementos de esta decrepita sociedad sus doctrinas teúrgicas, alimento intempestivo de creencias que habian ya desaparecido, de manera que lo maravilloso y lo increíble llegó á ser el orden natural y la realidad.

Pero cuando más se desesperaba de la salud, la armonía, la sabiduría, la belleza y la moralidad salen de la choza de Belen, y extienden en lo exterior un espíritu de humanidad, y en el interior una insólita pureza de creencias y costumbres. Seria imposible seguir á la humanidad en todos los pasos de su vida, sin insistir largamente acerca del cristianismo, elemento nuevo y fundamental de la sociedad. En efecto, el cristianismo, como revelacion calma las imaginaciones con una verdad cuya garantía es Dios; como reparacion indica al hombre la causa de sus extravíos y el único modo de levantarse de la abyeccion, y como religion, realiza la gracia, los sacramentos, el sacrificio, y á un culto sin moral sustituye uno de inmaculada piedad.

Bajo el doble aspecto de manifestacion de las verdades incomprensibles y de culto religioso, corresponden al cristianismo dos prerogativas de la Iglesia, de origen sobrenatural: la infalibilidad, y el poder de atar y desatar. Esta Iglesia, consorcio de los hombres con Dios, para mantener el depósito de la revelacion, tuvo que aplicar la religion á una sociedad con leyes, gobierno y ordenanzas. Pero en vez de limitarse como los gobiernos temporales, debió extenderse hasta el punto de abrazar á todo el mundo en la unidad de la especie, y dirigir la universalidad á un fin moral.

De aquí la institucion de la jerarquía, con un pontífice que tuviese primacia de honor y de jurisdiccion, con obispos extendidos por todas partes y sumisos á la cabeza, con sacer-

dotes que hiciesen fecunda y activa la autoridad por medio de la enseñanza, de los consue- los y de la esperanza. Excluyendo todo derecho hereditario, é imponiendo el heroísmo del celibato y la perfeccion de la vida, se garantizó el gobierno eclesiástico contra la corrupcion en que se precipitaron los temporales, á fin de conservar pura aún en la aplicacion externa la palabra divina.

No es, sin embargo, la Iglesia un estado en el Estado, ni el poder pastoral implica la fuerza; sino que así como subsisten en el hombre la naturaleza y la revelacion, el elemento espiritual y el corporal, otro tanto sucede respecto de los dos poderes, independiente uno de otro en sus atribuciones, y que se reducen á la unidad, no invadiéndose alternativamente, como en sentido contrario hicieron en la Edad Media y en la nuestra, sino manteniéndose en armonía.

Cuando al principio no habia habido más que comunidades y aglomeraciones, Roma habia tratado de unir las y sistematizarlas. Consiguió el primer punto mediante la fuerza, y trató muchas veces inútilmente de conseguir lo segundo, porque carecia ella misma de unidad religiosa. El cristianismo llegaba á terminar la obra, pero en un tiempo en que la sociedad habia principiado ya á desenvolverse, y tuvo que trabajar trece siglos para reconstruir las naciones. Pero en una tentativa nunca hecha hasta entónces, necesariamente debia vacilar para llegar al punto en que la nacion cristiana fuese la más civilizada, sin que su unidad destruyese las nacionalidades particulares, las provincias, los municipios; porque el poder que manda á los cuerpos nada debe influir sobre las almas (1).

(1) Si vale más el testimonio de quien no pertenece á la sociedad en cuyo favor depone, tendrá fuerza éste, apoyado tambien en sólidas razones: «El clero católico presenta el primer bosquejo de una sociedad fundada sobre la combinacion de fuerzas pacíficas, y cuyos principios prohiben enteramente que el hombre especule sobre el hombre, bajo cualquier aspecto que se le considere. No podia ménos de ser muy imperfecta tal asociacion, en gracia de las circunstancias de que estaba rodeada; pero en un siglo acostumbrado á la barbarie manifiesta en alta voz su horror á